

HOMILÍA
Domingo IV de Pascua. Ciclo C.
Jn 10, 27-31

a.Contexto

Estamos en *Hannukka*, fiesta de la dedicación judía cuando el evangelista presenta a Jesús en diatriba con los judíos, mostrándoles las obras del Padre que realiza como pruebas de su mesianismo (cf.Jn 10, 24).

En este contexto, el redactor recoge la experiencia de la comunidad del discípulo amado para con otros grupos-cristianos o no-que, proviniendo del mundo palestino, no llegan a la altura de la cristología de ella.

La realidad histórica que da base al texto es la del final del s.I en esa comunidad, que definitivamente rompe con la sinagoga, que poco después estrechará lazos con otros grupos cristianos, como el de Pedro (cf.Jn 21).

Una vez más se comprueba la importancia de situar el pasaje con el que vamos a hacer oración desde la fe de la Iglesia, hermano, en su momento histórico.

Porque la verdad histórica no es objeto de la fe (sería positivismo histórico), pero sí soporte que la sustenta y le da consistencia vital. Efectivamente, hace falta permanecer fieles al mensaje del texto.

Éste se desarrolla en un momento y un lugar determinado de la historia, los cuales hacen de contexto que ayuda a entender el mensaje religioso. Todo esto se comprueba en la perícopa que hoy analizamos.

En el primer Libro de los dos que forman el Evangelio de Juan (llamado Libro de los signos: Jn 2,1-12,50) se encuentra la sección de las hostilidades judías.

Durante esta fiesta de la dedicación el redactor presenta la figura de Jesús como Mesías, después de haber hecho la semblanza del Buen Pastor (cf. Jn 10,1.21).

Estamos además, amigos, ante el último enfrentamiento de Jesús con los jefes del pueblo judío, clima en que el reactor incluye la problemática de la comunidad donde él vive su fe.

Esa fe se centra en que las obras de Jesús y su misión proceden de Dios, en que el mismo Jesús vive la unidad con el Padre. Jesús se describe como Mesías, en respuesta al interrogatorio de los dirigentes judíos.

Es verdad que lo hace denominándose Hijo de Dios, o sea, Elegido de Dios su misión salvadora. En el contexto se enfrentan la vida de Dios en Jesús, y la muerte producida por el odio (cf. Jn 8, 44).

b. Texto

Puede ser objeto de nuestra reflexión en oración ante la Palabra el hecho de Jesús respondiendo a los dirigentes judíos en qué consiste ser ‘de los suyos’, escuchar su voz y seguirlo de hecho, no en teoría (cf. vs. 27-28).

Este seguir a Jesús equivale a optar por Él sin reservas y a entregarse al bien de los demás. Para ello, Jesús les ofrece el don de su Espíritu, es decir, la vida nueva que les hace también hijos de Dios (cf. Jn 3, 5s.)

Esa vida, más que ser eterna en su duración, es plena por su calidad, pues ya no caerán en manos de ningún ladrón ni salteador de caminos (cf. Jn 10, 10), ya que Él ha puesto para ello su propia vida en juego (v. 11).

Habrán más motivos de alegría que éstos para un creyente también del siglo XXI, tan sometido al chantaje de lo meramente >palpable= como destino de toda felicidad humana?

Esa vida nueva en calidad es el fruto mejor de la obra de Dios en Jesús: es estar en las manos de Jesús (cf. v. 29) y equivale a estar en las manos del Padre (cf. Is 43, 13: *¿Lo que yo hago, quién lo deshará?*).

Finalmente, después de este cúmulo de bendiciones que conforman la calidad de vida del creyente, vamos a concluir reconociendo la unidad entre Jesús y el Padre y el Espíritu (cf. Jn 10, 30).

Más allá de una concepción esencialista (metafísica, en ese sentido) acerca de la unidad de la Trinidad, los textos neotestamentarios nos hablan desde una visión existencialista, de valor único, de sentido para nosotros.

Es decir, Jesús y el Padre son *uno* en la realidad, en lo que son para nosotros, en sus obras, en lo que significan para la salvación del hombre, de cada hombre.

A través de Jesús el Padre realizó su obra creadora, y ahora culmina su designio de salvación definitiva (cf. Jn 5,17.30). No hay nada de Cristo que esté fuera de la acción del Espíritu...

...Nada que no sea expresión de la voluntad eficaz de vida que tiene el Padre: quien se opone a Jesús, se opone al Padre, porque entre ellos hay comunión total (vs.28-30)

Más allá de una lectura esencialista de la unión entre el Hijo y el Padre-de la teología de origen helenista-, el texto revelado, no filosófico, habla de la unidad de acción de Jesús con la voluntad salvífica del Padre.

Por eso esa manifestación de unidad entre el Padre y Jesús les parece una blasfemia a los judíos (v.31, luego, 32-33). Las palabras y acciones de Jesús manifiestan quién lo ha enviado: ni más, ni menos...

¿Nos parece poco a nosotros, hermanos/as?

c. Para la vida

Me temo que si me coloco en situación de no dejarme invadir por el don de Dios ante Jesús, no voy a llegar a percibir la riqueza de vida y de perspectiva real y práctica de salvación que me viene en Jesús de Nazaret.

Oye, ¿no te da miedo que te pase lo mismo? ¿No barruntas que a lo mejor-es decir, a lo peor-estás desperdiciando el tesoro de vida que Dios te ofrece mediante en Jesús, como decía Pablo? (cf. Gal 1, 22-23).

Ante estos dones lo primero que se me viene a la mente es la urgencia de creer en la verdad, de ser consecuente con el plan de Dios, con lo que se nos ofrece en la libertad (cf. Jn 8, 32).

O sea, hermano, si pones por delante tus intereses, aunque te parezcan buenos, ya estás estropeando el don de Dios. Si, para colmo, vives en prejuicios y prevenciones, entonces se te escapará la fe o la ilusión.

Hermanos, de eso se trata: la vida desde la fe es ilusión, o sea, incentivo esperanzado de energía, ganas de ser de Cristo (aparte de convicción racional, de decisión opcional, de madurez humana, etc.).

Yo me pregunto: ¿forma parte de la 'madurez de la fe', de la seriedad en los planteamientos cristianos contar día a día con grandes dosis de entusiasmo, de alegría, de conciencia viva sobre el regalo de Dios?

Esto último se llama sensibilidad, sin más, ¿vale? ¿Alguien puede creer que las palabras de Jesús a los jefes de los judíos son menos que una explosión de optimismo ‘real’, ‘maduro’ ‘sereno’, o sin adjetivos, a secas?

Si no es desde estas claves de lectura, me parece que seguiremos diciendo generación tras generación que estos capítulos del Evangelio de San Juan son muy ‘áridos’, difíciles...: ¡claro!

¿No será que nos falta mística, capacidad para percibir el don de Dios? Si es que las cosas, amigo/a, no nos dejan sitio para nada más en la vida. Así nos luce el pelo, ¿no...?

Yo me quiero animar contigo, para abrimos al regalo de Dios: ¡ya somos dos...!

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
aderojasr@yahoo.es